

La escuela unitaria de Calseca

Teresa Martínez del Piñal



Alumnos de la escuela de Calseca (Cantabria)

Ya han pasado más de dos meses desde que me pidieron que escribiera un texto acerca de esta foto. Recibí el encargo con cierta perplejidad, no muy segura de ser capaz de estar a la altura de los que me precedieron en esta sección de la revista *Cabás*. No obstante, me puse a la tarea con ilusión y entusiasmo, aceptando un nuevo reto para una nueva etapa de mi vida.

Volví a mirar esta foto y empecé a recordar cómo era aquella escuela lejana de mis comienzos, lejana en el tiempo y en el espacio físico, ya que se trataba de la escuela unitaria de Calseca, una diminuta población en el valle pasiego del alto Miera, de aproximadamente ciento veinte habitantes en aquella época, bastantes más que los actuales cuarenta y tres, perteneciente al municipio de Ruesga, de cuya capital, Riva, dista dieciocho kilómetros. Hacía memoria de las dificultades para contactar con el Ayuntamiento cuando se necesitaba alguna labor de mantenimiento o limpieza, de la mala comunicación que ofrecía aquella pista llena de curvas y baches que no merecía el nombre de carretera, del tramo de cuesta final andando campo a través hasta llegar a la escuela situada en lo más alto y alejada de todo...

Así andaba yo en el mes de marzo, tratando de poner orden en los recuerdos, cuando de repente el mundo se paró. Y, claro, empezó una montaña rusa de zozobras, de incertidumbre, de emociones. Estábamos asustados, tristes (¡tantos muertos!), alejados de los seres queridos, confinados en casa, los medios de comunicación llenando nuestras horas de noticias horribles, algunas veces heroicas, sí; las calles en silencio, sin escuchar las risas ni la algarabía de los niños en los parques y en los patios escolares... Sin más bullicio que los aplausos de las ocho de la tarde en los balcones y ventanas. En fin, un frenazo brusco en nuestras vidas que ponía nuestro mundo, nuestro sistema de valores y creencias patas arriba.

Los que ya peinamos canas (que, por cierto, hemos aprendido a teñirnos en casa) hemos accedido al mundo de Internet siendo ya maduritos, pero está claro que muchos vimos su potencial desde el principio. Y ha sido este mundo virtual y las redes sociales lo que para muchos ha resultado una verdadera red de salvación que nos ha permitido romper, o casi, el aislamiento impuesto por la pandemia COVID-19. El humor ha corrido por las redes como agua fresca y vivificadora para levantar los ánimos; y los abrazos y las promesas de reencuentros felices, a veces también las palabras de consuelo en momentos dolorosos. Y, por qué no decirlo, también por las redes nos ha llegado algo del papanatismo y la ñoñería que tiñen estos tiempos del "buenismo" y de la queja permanente.

Como dirían aquellos pasiegucos míos de Calseca: ¡Cuánta "corrupción", maestra! Ellos estaban siempre aislados, era su forma de vida y no conocían otra. Eran chicos duros, niños y niñas viviendo en un entorno duro, trabajando duro en la escuela y, sobre todo, fuera de ella.

Entonces, me puse a pensar en cómo hubiera sido afrontar una pandemia como esta en aquellas condiciones. En 1984 no había Internet en la escuela de Calseca, claro, ni en ninguna. Pero es que allí no había ni luz eléctrica (llegaría al año siguiente), ni agua corriente, como tampoco había esas comodidades en las cabañas que habitaban mis "chicones". Las noticias llegaban por el boca a boca si alguien bajaba a San Roque de Riomiera al bar, o a la feria de ganado los miércoles, ya que, lógicamente, no había televisión y la radio llegaba malamente a través de los transistores a pilas; de prensa escrita, ni hablamos, salvo que consideremos como tal los papeles de periódico con que yo misma envolvía mi cuerpo para no perecer congelada. Porque tampoco teníamos calefacción más allá de una estufa salamandra que alimentábamos con la leña que traían los chicos y chicas, porque el carbón llegaba tarde, mal y nunca. El frío entraba con total libertad a través de los cartones con los que se suplían los cristales rotos y, sin embargo, nunca nadie se quejó por ello (yo sí, pero en vano). La mole montañosa de Porracolina era el único horizonte, y en esas circunstancias no era fácil motivar al alumnado, que por otra parte faltaba a clase con más frecuencia de lo aconsejable para la buena marcha de su educación. Pero, naturalmente, las vacas eran mucho más importantes que todo lo que una pobre maestra urbana pudiera pretender enseñarles. Si te has levantado al amanecer, o antes, has desayunado poco y mal y te has subido al pico más alto a llevar las vacas a pacer, has vuelto andando cinco o seis kilómetros para llegar a la escuela calado hasta los huesos y con las orejas llenas de sabañones..., ¿qué te puede importar la conquista de América, los ríos de África o los triángulos equiláteros? Así era la vida en algunas escuelas rurales de Cantabria en aquellos años, como la de Calseca, con veintiséis chavales y chavalas entre tres y

dieciséis años, huraños, hoscos y desconfiados, porque no tenían motivos para fiarse de la gente "de la capital". En la foto no están todos, naturalmente, casi nunca estaban todos, y eso que ese día estrenábamos balón y globo terráqueo, como orgullosamente muestran en la foto.

A pesar de todo esto, pasé cinco años como propietaria provisional en las escuelas de la comarca del Miera. La razón no era (o no solo) los aplausos que me dedicaban mis colegas cuando en las elecciones de destino de viva voz yo me adjudicaba un puesto que muchos temían, sino que un buen reto en una buena compañía siempre fue para mí una razón para quedarme. Eran años de juventud, para mí y mis compañeros maestros de la zona con quienes compartía coche, penas, alegrías e ilusión, sí; pero también eran tiempos de juventud democrática y teníamos la sensación de que había que trabajar por lograr cambios profundos en la sociedad. Y para eso no se nos ocurría mejor herramienta que la educación. Así que hicimos todo lo posible por modernizar la escuela. Y para esta labor contamos con el programa de Educación Compensatoria que empezó a mejorar, siquiera un poco, las condiciones de trabajo en el aula. Se creó un Centro de Recursos donde reunirnos para coordinar, no solo con los compañeros de viaje, sino con todos los de la zona. Allí, además de intensísimos y fructíferos debates y trabajo en equipo, había algunos tesoros largamente deseados: juegos, videos y casetes de música (que en Calseca no utilizábamos por falta de electricidad), materiales para educación artística, para enseñar matemáticas manipulando objetos como regletas o figuras geométricas, para llevar a cabo pequeños experimentos de física o química, incluso algún hornillo en el que preparar sencillas recetas y de paso explicar, otra vez, la pirámide nutricional. Pero la joya más codiciada eran los libros: libros de literatura infantil y juvenil, cuidada y sabiamente seleccionados por quienes sabían de esto, que con el tiempo fundarían la revista *Peonza*.

En Calseca, de septiembre a diciembre, lo probé todo para intentar que mis niños y niñas se interesaran por el conocimiento y la educación más allá de las cuatro reglas y leer y escribir. He de admitir que con escaso éxito, ya que salvo una alumna que vivía en la única casa vecina y dos o tres chiquitines que venían para compartir conmigo mis galletas del recreo, la asistencia de los demás era bastante imprevisible, lo que dificultaba enormemente la programación de la actividad académica. Hasta que la literatura vino en mi auxilio. Cada mañana, a la espera de que se fueran incorporando a la clase los rezagados ("maestra, hoy tuve que ir a recoger las ovejas", "maestra, hoy papa fue a la feria y me tocó ordeñar", "maestra, ayer mudamos a la cabaña de arriba y tardo una hora en bajar"...), comenzaba la jornada leyendo a mi joven audiencia, sin importar edad o curso en que estuvieran matriculados, un capítulo de un libro. Y empecé a tener cierto éxito, porque comenzaron a llegar más puntuales, con más asiduidad y, sobre todo, con más interés. El gran maestro del culebrón infantil, Carlo Collodi y su entrañable Pinocho, nos proporcionaron muchísimas horas de encuentro con la fantasía y el humor en torno a aquella pobretuca estufa, donde nos apretujábamos todos para seguir las emocionantes aventuras de un personaje del que aquellos niños y niñas querían saberlo todo. Este fue el trampolín para estudiar mil cosas: Italia, las ballenas, cómo se escribe esto y aquello, qué son las hadas ("¡anda, maestra, qué cosas inventan!"), cómo hacer una función de títeres, canciones y poesías, el valor de la imaginación y, por encima de todo, para aprender que otros mundos y otras vidas son posibles. Roto el hielo, la comunicación empezó

a fluir, las risas, los juegos y el humor nos acompañaron hasta el final de aquel curso de 1984-85, que fue en mayo, porque la hierba no espera ni entiende de calendarios y hay que segar, bilurtear y ensilar cuando toca, no cuando lo diga la maestra.

Así, pues, el humor, la fantasía y el ingenio hicieron más llevadero y provechoso aquel paso por la escuela de Calseca. Lo cierto es que, contra todo pronóstico que yo misma hubiera hecho a comienzo de aquel curso, muchos de los niños y niñas de la foto siguieron estudiando: una es maestra; otro, abogado; otra, arquitecta; y administrativos y enfermeras y limpiadoras y cajeras de supermercado y transportistas y algún ganadero o ganadera; eso sí, en tierras más generosas que aquellas altas praderas donde el trabajo mecanizado era tan imposible como tener una huerta que diera fruto sin dejar la vida en el intento.

Con el tiempo, la electricidad llegó a Calseca, incluso el agua corriente, pero cada vez hay menos vecinos para disfrutar de estas comodidades modernas. La escuela cerró hace muchos años por falta de alumnos y se convirtió en albergue y centro de dinamización rural. No sé si ahora mismo seguirá funcionando, pero en 2011 echó a andar con muchos proyectos en la mochila. Ahora el camino permite llegar en coche hasta la puerta de la antigua escuela, aunque no se puede decir lo mismo de todas las casas. El hermoso paisaje sigue igual, pero el paisanaje va mermando.

Si llega a ser cierto que la COVID-19 nos hace mirar de nuevo a la España rural, espero que la población que se asiente en este lugar o en cualquier otro parecido no se vea abocada a huir de nuevo a la ciudad por la desidia de los gobernantes. Espero que la escuela llegue a contar con algo más que humor, imaginación y fuerza juvenil para proporcionar a los escolares una educación de primera, que hoy es posible porque los medios son otros y la distancia geográfica ya no tiene por qué separarnos.

No quiero terminar sin mencionar que, a pesar del tono más o menos triunfal de esta crónica, vertí muchas y muy amargas lágrimas aquel año de Calseca. Lágrimas de rabia por la desidia de las autoridades administrativas y educativas, de pena y de frustración por las privaciones y la dureza en que vivían "mis" niños y niñas, por sus sabañones en los dedos que les impedían escribir como ellos querían, por sus callos de tanto tirar de dalle y velorta, por sus ausencias a clase, por el condenado frío de las mañanas heladas. Si finalmente los pueblos se volvieran a llenar de niños, quiero reivindicar las escuelas rurales (bueno, y las urbanas) como centro de reunión, de intercambio de ideas y conocimiento, de convivencia y ciudadanía, de tareas compartidas, de creatividad, arte, música, deporte (que, al final, las "marías" nos rescatan en los momentos difíciles), de socialización en suma. Que nunca más se abandone a su suerte a los chiquillos de pueblo y a sus pobres maestros, siempre jóvenes, siempre novatos e inexpertos, dando lo mejor de sí mismos en las condiciones más adversas, hasta que la veteranía y el concurso de traslados les permita el paso a una situación menos heroica, pero más satisfactoria. Reivindico la escuela como lugar de encuentro porque, lo siento, pero Google Classroom no es lo mismo. Aunque, sin ninguna duda, tanto niños como maestros rurales tienen derecho a una verdadera competencia digital y habrá que trabajar en ello. Con todo el ingenio que circula por las redes en estos tiempos, estoy convencida de que alguien sabrá encauzar este talento para bien, y hacer un futuro mejor. A ver si la política no lo estropea...



*Escuela de Calseca.
Fuente: Teresa Martínez del Piñal*